

SAN PEDRO GONZÁLEZ TELMO, CONFESOR

Día 14 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

Por los años del Señor de 1185, reinando en Castilla Fernando II, nació San Pedro González, llamado comúnmente San Telmo. Su patria, aunque ha estado en disputa, todos convienen en el día que fue Frómista, villa y cabeza de marquesado, que tiene la gloria de haber dado al mundo cristiano un hijo tan benemérito. Sus padres eran nobles y ricos; pero tuvieron que hacer poco en la educación y crianza de Pedro, habiéndose tomado este cargo sobre sí un tío suyo llamado D. Tello, que era á la sazón canónigo, y después fue obispo de Palencia. Esta ciudad, que de tiempos muy antiguos florecía en letras, y en donde había estudiado Santo Domingo, dio á nuestro joven maestros hábiles que le instruyesen; y como á las lecciones acompañaban los saludables consejos del tío, y su aplicación infatigable, llegó á poseer la gramática, retórica, dialéctica, y aquellas artes que suelen llamarse liberales. Para todo daban ocasión las bellas disposiciones con que el Cielo había liberalmente dotado á nuestro mancebo, haciéndole de un entendimiento despejado y de una docilidad tal, que admitía sin resistencia cuanto sus maestros le enseñaban. Como á su ciencia se juntaba una conducta juiciosa é irreprochable, no pasó mucho tiempo sin que uno y otro fuese premiado con una canonjía que obtuvo en la misma iglesia de Palencia, siendo promovido por Breve pontificio á la alta dignidad de deán de la misma iglesia en que era canónigo.

Una dignidad eclesiástica debiera haber llenado de turbación y sobresalto el corazón de quien la mirase por

aquel lado, que manifiesta sus terribles obligaciones; pero nuestro joven Pedro la miró solamente como un empleo brillante, que le proporcionaba riquezas y ocasiones lucidas de gastarlas con ostentación y magnificencia. En medio de sus buenas disposiciones y de sus principios de virtud, sintió toda la fuerza con que la edad juvenil provoca las pasiones, y no tuvo valor suficiente para resistirla. Era joven, era galán de cuerpo, y adornado de tal afabilidad y dulzura de costumbres, que todos los demás jóvenes le amaban sin envidia y le admiraban sin emulación. Para hacer ostentación de su bizarría y gentileza, y al mismo tiempo celebrar la nueva dignidad de deán, dispuso salir por la ciudad á caballo, acompañado de una lucida comitiva, que sirviese á su mayor lucimiento. No se contentaba el joven desacordado con alimentar su vanidad de mil modos, ya jactándose soberbiamente delante de sus amigos y compañeros, y ya haciendo ostentación necia de su fortuna con señales groseras de una alegría inmoderada. Pero la gracia de Dios, dice el gran Padre San Agustín, esconde sus anzuelos en todos los acontecimientos de la vida, y cuando menos lo piensa el hombre se encuentra, ó con la exhortación, ó con el ejemplo, ó con el milagro, ó con el peligro, ó con otras casualidades, que parecen caprichos de la fortuna, pero no son sino consejos de la divina Sabiduría: misericordias de nuestro Dios y artificios verdaderos de la gracia. Así le sucedió á Pedro. Manda enjaezar un soberbio caballo, en que compitiesen el primor, el artificio y la riqueza y, montando en él, sale por la ciudad á hacer ostentación, más de la gentileza y hermosura de su persona, que de la alteza y consideración que se debía á su dignidad. Una gran cuadrilla de nobles jóvenes, ricamente vestidos, hacían compañía á Pedro, sirviendo á su vanidad, y al mismo tiempo procurando competirle en el lucimiento y en la gallardía. Rodean las calles públicas, acompañados de innumerable concurso, que por todas partes los

admiraban. Las ventanas y balcones estaban llenos de todo género de gentes de toda clase, condición, sexo y edades, que en repetidos vivas manifestaban la admiración que la presencia y la ventura de Pedro les causaba. De este modo llega á una plaza, la más pública y la más llena del pueblo. La satisfacción, la alegría, la soberbia, la vanidad, el deseo de gloria y de más aplauso se apoderan de su alma y, queriendo saciar su apetito con una muestra de su destreza en correr y manejar el caballo, aplicóle con fuerza las espuelas: corre precipitadamente; pero en medio de la carrera (¡oh vanidad del mundo!) tropieza el caballo y da con nuestro joven en medio de un lugar fétido y cenagoso ; en donde, teniendo que revolcarse muchas veces para salir, se llenó de tanta hediondez, suciedad y porquería, que excitó la risa y gritería del inmenso concurso que le miraba. El aplauso se convierte en desprecio, la admiración en risa y chacota; comienzan á silbarle; comienzan á zaherirle con pullas y sátiras; de modo que fue mayor la confusión, vergüenza y abatimiento con que tuvo que retirarse á su casa, ensuciado y asqueroso, que el aplauso, admiración y triunfo con que había sido celebrado. De esta manera quiso Dios llamar para sí á este joven y hacer que renaciese por medio del escarmiento, en el mismo día en que el Verbo encarnado quiso nacer en el mundo.

Luego que Pedro advirtió la burla y escarnio que se hacía de su persona, ilustrado por una luz superior, conoció la vanidad del mundo, lo falso de sus pompas y vanidades, y cuan poco se debe fiar de sus glorias y aplausos aparentes. Determinó despreciarle, y quiso tomar de él esta justa venganza en el mismo lugar en que había recibido de él tanto desprecio; y así, con voces claras que todos pudieron entender, prorrumpió en estas razones: *Supuesto que el mundo me ha burlado de esta manera, haciendo que sus partidarios me insulten y silben en el mismo día en que yo le hacía el mayor*

sacrificio, también yo me burlaré de él, vengándome de sus falsedades y cautelas; y para que no tenga ocasión de hacer de mi nuevo escarnio, prometo dejarle desde ahora y retirarme adonde pase mi vida con mayor seguridad contra sus lazos y asechanzas. No eran estos propósitos de aquellos que á manera de fuegos fatuos se desvanecen con la misma facilidad que se forman. En efecto: florecía por aquel tiempo en España la religión de Santo Domingo, cuya doctrina y fervor estaban todavía muy recientes en la memoria y operaciones de sus hijos; y así, con admiración de cuantos habían conocido al joven Pedro, se desnudó del hombre viejo, renunció á sus riquezas, despreció los deleites y puestos ambiciosos que el mundo le ofrecía, y se hizo religioso en el convento de Palencia.

Aunque había sido canónigo y deán de una iglesia respetable, como en su promoción había tenido tanta parte el favor, le pareció que todavía carecía de la instrucción y los conocimientos que deben adornar á los ministros del santuario para ser útiles á sus prójimos por medio de la enseñanza. Con esta persuasión se dedicó con actividad al estudio de la sagrada teología; y como su entendimiento era despejado, su aplicación continua y sus deseos de saber sencillos y bien ordenados, en poco tiempo hizo rápidos progresos. Vieron los superiores de Pedro que en breve tiempo se había dispuesto, no sólo para obtener el sacerdocio, sino para la administración del sacramento de la penitencia y predicación del Evangelio; y así dispusieron que se ordenase de presbítero, concediéndole á la vez las facultades y licencias necesarias de confesar y predicar. Constituido predicador y confesor, ¿quién podrá decir el fervor, el celo y el fruto con que comenzó á ejercer ministerios tan altos? Tanta era la fuerza y el artificio con que sabía persuadir, y tanta la unción con que el Espíritu Santo enriquecía sus palabras, haciéndolas espadas

penetrantes de dos filos, que llegaban hasta dividir el espíritu, como dice San Pablo.

Tanta virtud y sabiduría, tanta gracia y poder para sembrar la palabra de Dios, no podían ocultarse, como lo hubiera deseado la profunda humildad del bendito religioso. La fama, que tiene á su cargo hacer notorio al mundo cuanto ocurre en él de singular, sea bueno ó sea malo, llevó el nombre de Pedro, junto con lo inocente de su vida, al palacio del católico rey San Fernando III. Luego que éste oyó las maravillas que se decían de San Pedro, deseó tenerle á su lado para que sus oraciones y consejos fuesen parte de los apoyos que sustentaban su corona. Hallábase á la sazón empleado en echar de España la morisma (a los mahometanos de África y sarracenos), que tantos años había la tenía infestada con su dominación, con su crueldad y con sus brutales costumbres. Tenía declarada guerra á los moros; y como conocía que el Dios de los ejércitos es quien reparte las victorias, sin que nadie pueda confiar en el poder de sus armas ni en la multitud de sus soldados, deseaba que en sus escuadrones brillase más la rectitud y buen orden de las conciencias que lo vistoso de las evoluciones y de las armas. Siempre fue cierto que la semejanza de costumbres produce amor en aquellos que las tienen semejantes, mucho más si las costumbres son santas y arregladas; y así San Fernando III, que era santo, no sosegó hasta que vio á su lado al religiosísimo San Pedro González, que también lo era. Conocía el piadoso rey que para contener la licencia, que se propaga fácilmente con el estrépito de las armas, se necesitaba un espíritu no menos fervoroso que prudente, y que supiese, según las circunstancias, argüir, rogar y reprender, á veces con el fuego y celo abrasador de un Elías, y á veces con la dulzura y benignidad de un San Juan Evangelista.

Como lo pensó, así lo vio por sus ojos confirmado con

los efectos; pues apenas entró San Pedro en los reales de San Fernando, cuando, a manera de trueno, comenzó á sonar su voz contra los vicios. Predicaba incesantemente, enseñaba la doctrina cristiana á los soldados, los juntaba en cercos y compañías y les hacía unos discursos tan vivos, tan amorosos y tan persuasivos, que en breve tiempo se vio el ejército tan mejorado, que eran ya otras sus costumbres y otros los fines santos con que batallaban contra los moros. La honra y gloria del Dios de las batallas eran los dos principios que movían sus corazones; por ellos lograban esfuerzo sus brazos, y por este esfuerzo consiguió San Fernando diferentes victorias, siendo una de las más importantes y señaladas la que le hizo dueño de la famosa ciudad de Córdoba, capital de uno de los reinos que habían formado en España los moros. Una virtud tan sólida, unos ejemplos tan brillantes, una libertad tan evangélica para reprender los vicios, ni podía dejar de ofender á los viciosos, ni de excitar la malignidad de sus corazones para que pensasen en perseguirle; pero este bendito predicador del Evangelio y digno hijo del patriarca Santo Domingo fue muy singular en el género de persecución que levantó contra él el enemigo común del género humano.

Estaban en conversación cierto día algunos señores grandes de los que formaban la corte de San Fernando III. Entre los varios objetos sobre que rodaron sus ociosos discursos, fue uno el bendito religioso, opinando unos que su conducta irrepreensible, su celo ardiente y la frugalidad con que vivía eran dignos de la mayor veneración. Por el contrario, otros le calumniaban notándole de atrevido, y sosteniendo con ardor que toda su vida y sus acciones se animaban únicamente de la ambición y de la hipocresía. Oyó la disputa una mujer liviana de las muchas que suelen infestar los ejércitos, y, determinándose desde luego por aquel modo de pensar que congeniaba con sus

indecentes costumbres, les pidió algún premio y ofreció aclarar sus dudas solicitando torpemente á San Pedro. Aceptaron la propuesta, como que era lo que más apeteían sus corazones.

Concertados, pues, en el precio, salió aquella mujer diabólica á poner en ejecución sus depravados consejos, y armada de todos los artificios que pudo sugerirla su avaricia, su malignidad y su torpeza, pasó al sitio en donde el siervo de Dios estaba aposentado. Hízole saber por un criado que estaba allí una mujer, que deseaba hablarle, para descubrirle un secreto de grande importancia. Al instante creyó San Pedro que se le presentaba alguna buena ocasión en que la honra de Dios y la salud de sus prójimos habían de tener algún grande provecho; y sin imaginar siquiera que podía ocultarse algún lazo contra su inocencia, mandó que entrase aquella mujer en la cámara en que estaba. Apenas se vio la astuta serpiente en presencia del Santo, comenzó á sollozar, cubriendo el atrevido rostro de fingidas lágrimas. Púsose á sus pies de rodillas, y, con suspiros que hubieran engañado á cualquiera que fuese menos candido y sencillo, le pidió que la confesase. Era ya muy cerca de la noche; y temiendo el Santo que si comenzaba á confesarla, se podría seguir alguna nota, la pidió que viniese al día siguiente, y entonces con tiempo y comodidad la confesaría. Santo Padre, respondió la mujer, la fama de tu virtud es notoria por todo el mundo; yo sé muy bien el ardor con que procuras la salud de las almas y la conversión de los pecadores. Esto mismo me ha traído á tus pies á hacer una confesión ingenua de mis pecados, para de aquí adelante mudar enteramente de vida. Por tanto, te conjuro en el nombre de Dios para que me oigas al presente, y permitas que haga confesión de mis pecados: bien cierto de que, si en esta noche me sucediese alguna cosa miserable y horrenda, de modo que muera sin confesión por culpa tuya, tú serás en el

tribunal de Dios reo de mi condenación y responsable de la perdición de mi alma.

Consternóse el santo varón viéndose conjurado de aquella manera; comenzó á escrupulizar y temer de la perdición de aquella alma, y resolvióse á oír en confesión; para este efecto retiróse á un lugar más secreto y apartado, y, teniendo á sus pies á aquella mujer infernal, la mandó que se persignase. Pero la señal sacrosanta de la Cruz es un signo no menos odiado y temido del demonio que de sus ministros. En lugar de persignarse y hacer la confesión que había prometido, comenzó á poner en ejecución sus depravados intentos.

Quedó San Pedro atónito oyendo el razonamiento apasionado de aquella infeliz mujer; pero, inspirado del Cielo, pensó en ver cómo podría ganar aquella alma, no con ásperas reprensiones ni terribles amenazas, sino con razones blandas y venciendo los engaños y torpes astucias del demonio con otros blandos pero saludables artificios. «No permita Dios, respondió el Santo ala propuesta de la mujer, no permita Dios, hija mía, que sea yo causa de tu mal ni de que mueras de repente; cesen tus lágrimas y tu tristeza, que dentro de muy poco estarás libre del peligro; pero es menester que esperes un rato mientras dispongo el lecho, que está descompuesto y desaseado.» Dicho esto, se apartó de ella, y juntando un grande montón de leña, hizo una hoguera formidable y espantosa. Llamó á la mujer, que acudió como quien pensaba ver el triunfo de sus cautelas y hermosura; pero apenas se presentó, cuando el castísimo religioso tendió su manto sobre la voraz hoguera, y, echándose encima, decía estas palabras: «Si tan grande es el amor que dices me tienes, ven á gozar de él y satisfacerle á este lecho; tal vez el fuego material apagará el torpe y abominable que te abrasa». Dicho esto, revolcábase el Santo en las voraces llamas, sin que éstas se atreviesen á

dañarle ni á chamuscar siquiera el pelo de sus vestiduras. Acechaban por las rendijas de la puerta, ansiosos de ver postrada y caída en un cenagal la virtud del santo Padre, aquellas cortesanos que habían excitado y ofrecido premios a la infeliz seductora. Pero cuando vieron con sus ojos la terrible hoguera, la confianza con qué él Santo estaba entre las llamas, y en éstas repetido el milagro del horno de Babilonia, ¿quién será capaz de decir la admiración, la sorpresa, el temor y la consternación que se apoderó de sus corazones? Abrieron repentinamente las puertas, y, avergonzados y contritos, se echaron á los pies del Santo, confesaron su delito, y le pidieron perdón de él, venerando de allí adelante su santidad tanto como antes habían murmurado de ella y sospechado de su verdad y solidez. La deshonesta mujer, confusa y avergonzada, no sabía qué partido tomar; pero el Espíritu Santo iluminó su alma para que conociese toda la atrocidad de su delito y pensase expiarle con lágrimas y penitencia. Postróse á los pies del Santo, pidióle que la perdonase, y verificó, llena de lágrimas y compunción en beneficio de su alma, la confesión que había fingido para seducir torpemente la inocencia y honestidad, que salieron triunfantes y vencedoras.

Había ya en este tiempo conquistado á Córdoba el Rey católico, y pensó en retirarse por algún tiempo á su corte. Acompañóle el Santo en el camino; pero luego que llegó á Castilla se despidió del rey, deseoso de huir los peligros que encierran los palacios, y de ser más útil por medio de la predicación á sus prójimos. Retiróse San Pedro á Galicia, en donde comenzó á ejercitarse de nuevo en la predicación y en el ministerio de la sagrada penitencia, ganando para Dios gran número de almas.

Dios, por su parte, le ayudaba poderosamente con su gracia, y no parecía sino que había puesto en su mano el uso de su omnipotencia, según la facilidad con que se

vio confirmada con milagros su virtud y su doctrina. Sediento un día, necesitó pedir un poco de agua para beber, y rehusando una pobre mujer darle un poco de vino, que tenía guardado por orden de su amo, accedió al fin á dárselo al Santo. Bebieron éste y su compañero, y se vio que en la vasija quedó la misma cantidad de líquido que antes había. Otra vez alimentó á este último en ocasión que le seguía de mala gana en una expedición de caridad, por causa del cansancio y hambre que padecía, dándole de comer y de beber un pan blanquísimo y un vino generoso que manifestaban en su bondad ser cosa del Cielo. Mandaba á los elementos, y éstos reconocían en él un ministro y un siervo fiel de su Criador. Manifestóse esto diferentes veces en las aguas del Miño, ya sosteniendo milagrosamente al Santo y permitiendo que le pasase de un lado á otro sin sumergirse, y ya ofreciendo á su imperio cuantos peces escondían, para que con ellos sustentase á los pobres y socorriese á los que trabajaban un puente para la pública utilidad. También se vio obedecerle las tempestades, calmando ó dejando libres de sus truenos y relámpagos aquellos lugares en que el Santo estaba predicando.

De este modo, entre los portentos de la gracia y los afanes de su ministerio apostólico, pasó una vida llena de merecimientos y de heroicas virtudes, que le aseguraban de las recompensas eternas. Cuanto más se le acercaba la muerte, tanto más era su ardor y su celo en el bien de las almas, superando la caridad, la flaqueza y debilidad de fuerzas que con la vejez, penitencias y continuos trabajos había contraído.

Llegó finalmente la hora de su muerte, para la cual se había preparado con ayunos, oraciones fervorosas y todo género de piedad; y habiendo recibido los santos sacramentos, durmió el sueño de los justos poco después

del día de la Resurrección del Salvador, año de 1246, según la opinión más probable. Su muerte fue exenta de aquel horror que infunde por lo común en los vivientes; antes bien todos la celebraron como si fuese día de nacimiento, ó como un día destinado á celebrar unas bodas eternas del alma con Jesucristo.

No tardó Dios en manifestar la gloria de su siervo con repetidos prodigios, siendo uno de los más notables el aceite milagroso, de admirable fragancia, que manó por algún tiempo de su sepultura, en la catedral de Túy. Posteriormente se edificó una suntuosa capilla, donde se veneró el cuerpo de San Pedro. En 1741 fue canonizado por Benedicto XIV, concediendo su culto á toda España. Los navegantes le tienen gran devoción. En su honor se hacen grandes fiestas anualmente en Lisboa, en Vizcaya y en Guipúzcoa, donde es llamado *San Telmo*.

La Epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría.

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor y de horrible espanto, y estarán sorprendidos del susto viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con tanta gloria, diciendo entre sí, penetrados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazón angustiado: Éstos son los que en otros tiempos fueron el objeto de nuestras burlas, y los que nos poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necedad, y su muerte por deshonra; no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen su suerte entre los santos.

REFLEXIONES

Estos son los que en algún tiempo fueron objeto de nuestra burla y de nuestras zumbas. ¡Oh necios! ¡Oh insensatos de nosotros! Esta confesión tan horrorosa para la virtud es casi tan antigua como el mundo; desde su misma cuna fue perseguida la virtud; los buenos comenzaron á padecer desde que hubo malos. Pero, aunque esta costumbre sea tan antigua, no por eso se hace menos extraña. Que todos los ánimos se irriten y se declaren contra una devoción falsa, aparente y disimulada; que la hipocresía excite la indignación de todo el mundo, es cosa muy justa, nada hay más puesto en razón.

Los hipócritas son objeto de todo el odio de Dios, y de la aversión de los buenos; pero que se aborrezca la devoción verdadera; que la verdadera virtud padezca una especie de persecución en medio del Cristianismo; esto es lo que sola la experiencia pudiera hacer creíble, y esto es lo que se opone á la razón así como á la religión. Pero ¿de qué sirve conocer el mal cuando ya es el daño sin remedio? Necios de nosotros, que nos causaba lástima la vida ejemplar de los buenos, que nos burlábamos de su modestia y de su circunspección, que los mirábamos con una especie de desdén y de desprecio. Los desterrábamos de nuestros conventículos, juntas y concurrencias, y sentíamos no sé qué maligna complacencia en hacer ridículas sus más prudentes acciones. ¿Cuántos insulsos chistes se nos ofrecieron sobre sus escrúpulos, sobre su delicadeza de conciencia, sobre el tenor regular de su conducta? A nuestros ojos eran unos hombres de mal gusto, de corazón apocado, y de una extravagancia que se acercaba á parvulez. ¡ Ah, que la parvulez y extravagancia fue la nuestra! Aquellos que parecían tan despreciables á nuestros ojos, eran la más noble porción del rebaño de Jesucristo. Como ilustres herederos de la virtud de los santos, están hoy en posesión de la gloria. Su suerte será eternamente objeto

de admiración y de veneración á. todo el universo, y á nosotros de envidia, de rabia y de desesperación. Así discurren y así hablan de la verdadera sabiduría de los buenos, en la hora de la muerte, los que no quisieron imitarlos en vida. Esta justicia hacen á la virtud aun en el mismo Infierno los que la persiguieron en el mundo: así se respeta en el otro lo que en éste se desprecia.

El Evangelio es del cap. 15 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Yo soy vid verdadera, y mi Padre es el cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en Mí, le quitará, y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve más. Vosotros estáis ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros si no permaneciereis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin Mí no podéis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en Mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciereis en Mí, y mis palabras se conservasen en vosotros, pediréis lo que quisiereis y os será concedido.

MEDITACIÓN

De los que están en pecado mortal.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no puede el hombre vivir en estado más infeliz, más desdichado en el mundo, que en el de pecado mortal. Aunque uno nade y se anegue en bienes y en riquezas, y brille con todo el esplendor imaginable; aunque la fortuna risueña en todo le galantee; aunque esté colmado de honras, de

gustos y de deleites; aunque haya llegado al ápice de la grandeza y se vea colocado en el mismo trono; si está en pecado mortal, es sobradamente infeliz y miserable. Lo mismo que es un cadáver expuesto á los ojos del pueblo bajo un magnífico pabellón, tendido en una riquísima cama, es á los ojos de Dios un hombre que está en pecado mortal, entre honras, riquezas y abundancias. No es capaz de preservarle de corrupción toda la brillantez, todo el esplendor del mundo. Los gusanos no respetan ni la nobleza de la sangre, ni la delicadeza de los miembros. Pueden los bálsamos, las drogas, los perfumes conservar incorruptas las carnes de un cuerpo muerto; pero no pueden hacer que no sea un espantoso cadáver. Pues aún es mucho peor un alma que está en pecado mortal. Todos los tesoros del mundo, toda su ostentación, pompa y aparato, no pueden estorbar que sea abominable, que sea objeto de horror á los ojos de Dios. ¡Y se vive tranquilamente en este estado! ¡Y hay quien se alegre estando en él! ¡Y hay quien en él persevere!

Un hombre en pecado mortal es un hombre en desgracia de Dios, degradado de todo mérito, privado de todos los derechos que le daba la gracia, despojado de todos sus privilegios. Si muere en este infeliz estado, el Infierno será su eterna mansión; su herencia la rabia, la desesperación, el fuego eterno. ¡Qué pesadumbre sería la de un cortesano, si llegase á entender que ya el Rey le miraba con disgusto ! El hombre en pecado mortal es objeto de horror á los ojos de Dios. Si no expresa contra él su indignación y su cólera, es efecto de su divina misericordia, que no debilita los derechos ni el rigor de su severa justicia. El hombre en pecado mortal es un delincuente condenado al último suplicio. A la verdad, se dilata la ejecución para darle tiempo á que solicite el perdón; pero ¿qué se podrá esperar de un reo de lesa Majestad Divina, que, pudiendo conseguir el perdón, persevera voluntariamente en pecado mortal? ¿No es

éste mi retrato? Pues ¿cuál será mi paradero?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que el estado de pecado mortal es el más infeliz de todos los estados; porque mientras está en él el pecador, haga lo que hiciere, el pecado destruye el mérito de todo á los ojos de Dios. Aunque hiciera milagros, dice el apóstol San Pablo; aunque tuviera tanta fe que con ella mudara los montes de un sitio á otro; aunque repartiese toda mi hacienda entre los pobres; aunque entregara mi cuerpo á las llamas para ser reducido á cenizas; si me faltara la caridad, si no estuviera en gracia de Dios, en vano trabajaría, de nada me serviría para el Cielo todo cuanto padeciese, porque el estado de pecado mortal es un estado de muerto. Pues el muerto ¿cómo puede hacer acciones de vida? Y las que no son acciones de vida ¿de qué sirven para la eternidad? El pecado mortal reduce al hombre á ser nada en el orden de la gracia. Pues de la nada, nada se puede hacer. ¡Buen Dios, qué pérdida es la que hace en vida un pecador! Jamás le estimará Dios nada de lo que hace en pecado mortal.

En tanto son meritorias nuestras obras para la eternidad, en cuanto son consagradas y condignificadas por Jesucristo. Para esto es menester estar unidos á Cristo por medio de la caridad; mientras subsiste esta unión, comunica mérito y virtud particular á nuestras obras; pero, cortada esta comunicación por el pecado, quedamos como sarmientos secos separados de la vid, inútiles, sin provecho sino para arder en el fuego eterno. Los vástagos de la vid sólo llevan fruto cuando están unidos á la cepa.

¡Oh qué bien conocieron los santos esta importante verdad! ¡Oh qué bien se aprovecharon de ella! ¡Qué no hicieron, qué no padecieron por no separarse jamás de esta cepa misteriosa! Honras, placeres, tesoros, vanas y

aparentes brillanteces con que el mundo engaña, encanta, deslumbra; desgracias, persecuciones, suplicios con que el demonio espanta, aterra, horroriza; nada fue bastante á hacerlos titubear en la fe, cuanto más para derribarlos. Santos Mártires todo lo sacrificaron antes que perder la gracia; pero ¿cuántos hay que quieren perderlo todo antes que dejar de cometer un pecado?

i Dios mío, en qué estado tan lamentable he vivido yo! ¿Qué sería ahora de mí si hubierais arrojado al fuego este sarmiento seco y separado? Volvedme á unir á la cepa por vuestra divina gracia, amado Salvador mío. En esto voy á trabajar desde este propio momento.

JACULATORIAS

No me arrojéis, Señor, de vuestra presencia, ni permitáis que pierda vuestra gracia.—*Ps.* 50.

¿Quién me apartará del amor de mi Señor Jesucristo?—*Rom.* 8.

PROPÓSITOS

1. La mayor de todas las desdichas es estar en pecado mortal. Toda otra desgracia es tolerable; ninguna hay que no pueda tener algún alivio, ó que, á lo menos, no se acabe en esta vida ó en la otra; sola ésta es sin consuelo. Si la misericordia del Señor no reprimiera la malignidad del enemigo de nuestra salvación, ningún pecador sobreviviría al estado de la culpa. ¡Qué funestos accidentes! ¡Qué de golpes imprevistos! ¡Qué de muertes repentinas se verían á cada instante! Nunca castiga Dios más severamente al pecador que cuando le deja dormirse profundamente en medio de la prosperidad. Si tuvieses la desdicha de caer en pecado, ten la fortuna de levantarte al instante. No esperes al domingo ó al primer

día de fiesta para confesarte. Después de la contrición, á que al punto te debes excitar, acude al médico espiritual, solicita cuanto antes el remedio. Y sí al tiempo que lees esto te acusa la conciencia de alguna culpa grave, no debes pasar el día sin aprovecharte de la gracia que te hace el Señor. Mira que te expones á peligro de perderlo todo, si desprecias este aviso.

N.B. El pecador en el estado de pecado mortal puede y debe hacer obras naturalmente buenas que aunque con la gracia actual pueden preparar a la conversión, no son meritorias para la vida eterna.